

institucionalización de la *American Psychology Association* y las necesidades de la guerra. «El papel social del saber femenino: perspectivas de distintos mundos» (Cristina Saucedo Baro del Instituto de la Mujer) es una equilibrada síntesis cuantitativa de la situación actual en clave progresista.

La mujer en la ciencia tiene tres inconvenientes formales que combinados hacen de él un libro casi ilegible en el sentido físico o visual de la palabra: el tamaño de su letra, que es muy inferior a cualquier libro normal; su impresión digital, que abarata costes al imprimir los ejemplares a demanda y peor calidad visual; y su alto precio (alemán), que triplica el de similares características del mundo académico en español. Como si la escasa experiencia hubiera llevado a la joven colección de antropología de la editorial Lincom-Europa al error de confundir la versatilidad de la pantalla del ordenador con la fijeza y esplendor de la página de un libro. La ventaja de este gran inconveniente es que todavía estamos a tiempo de corregirlo aumentando el tamaño de caja del libro en la “segunda edición” o, mejor, cambiando nuestras costumbres de lectura. Este ha sido el libro que en mi caso ha agudizado al extremo el dilema de nuestra época: ¿leer en pantalla o del libro?

Sea, pues, bienvenido un libro más de historia de las mujeres en la ciencia, cargado de hechos y de propuestas analíticas sorprendentes, concebido por un nuevo público interesado en la historia de la ciencia, y que ya puede adquirirse en formato electrónico para leerlo confortablemente en la pantalla de una tableta o un e-book. ■

Consuelo Miqueo
Universidad de Zaragoza

■ **Michael Stolberg. Die Geschichte der Palliativmedizin. Medizinische Sterbebegleitung von 1500 bis heute.** Frankfurt am Main: Mabuse Verlag; 2011, 303 p. ISBN: 978-3-940529-79-4, € 31.

Mi primera reflexión debe versar sobre el título de este libro; un título seguramente condicionado, como en tantos casos, por consideraciones editoriales, pues, para fortuna de sus lectores, no trata de «la historia de la medicina paliativa», aun cuando este asunto ocupe muy buena parte de sus páginas. El subtítulo es mucho más adecuado al contenido de la obra, bastante más ambicioso, y

da cuenta de manera mucho más exacta de su interés: «el acompañamiento médico del moribundo desde 1500 hasta hoy»; pues lo que Stolberg aborda, con el rigor metodológico al que nos tiene acostumbrados, es la actitud y el papel del médico, pero también de sus eventuales colaboradores, y el rol de las instituciones, en el auxilio al moribundo a lo largo de la modernidad, sin dejar de lado cuanto sobre el asunto hayan podido declarar los propios pacientes o, en general, los legos en medicina.

El libro está dividido en tres períodos, más o menos clásicos: «la modernidad temprana (1500-1800)», «la era industrial (1800-1945)» y «la época posterior a 1945». En todos ellos el autor sigue un esquema similar que no siempre, por razones de eficacia, se refleja en el índice. Estudia primero las posibilidades de la medicina y las actitudes de los médicos más condicionadas por los aspectos puramente materiales; analiza después los aspectos éticos y las controversias de ellos derivadas y por fin da cuenta del testimonio de los pacientes, bien a través de literatura autobiográfica, bien mediante el recurso, que el autor valora en alto grado, de la literatura de creación. Uno de los méritos de Stolberg es que esta tripartición no se aplica de manera rigurosa, dándose una gran permeabilidad a las fronteras establecidas entre los diferentes dominios.

Los materiales empleados para dar respuesta a la pregunta sobre cómo actuaron los médicos a la cabecera del moribundo son variados, abrumadores en número y de gran calidad; desde luego son los más apropiados para que la respuesta sea solvente: textos impresos de medicina, abundantes fuentes manuscritas como las que constituyeron la parte del león de su excelente *Homo patiens*, ya reseñado en las páginas de esta revista, sermones centrados en el tránsito, informes de instituciones sanitarias, autobiografías, literarias o puramente privadas, y literatura de creación. En alguna ocasión la abundancia del material documental da ocasión a alguna reiteración, pero no es éste un pecado en el que el autor caiga con asiduidad. Por otra parte, dado el tema tratado, la lectura resulta atractiva y no pocas veces despierta emociones.

Para comenzar una sucinta descripción de los contenidos adoptaré el punto de vista del título, tal vez para atemperar lo que sobre él dije; pues es cierto que Stolberg da cumplida cuenta de la evolución histórica de los términos *medicina palliativa* y *euthanasia* aunque, como ya he adelantado, es lo demás, la historia desde el paciente —y desde el médico tomado en su individualidad— lo que, a mi juicio, confiere el mayor valor a esta obra. Stolberg encuentra la noción de *cura palliativa* en Guy de Chauliac, en torno a 1363, como puro *terminus technicus*, si bien a lo largo de los siglos irá desbordando los márgenes del lenguaje médico para popularizarse a finales del dieciocho, lo que, como puede apren-

derse más adelante, es consecuencia de la generalización del debate acerca de este tipo de actitud terapéutica y de su compañera de viaje, la *euthanasia*. Este vocablo comienza teniendo un significado religioso-moral en la Edad Media, donde la «buena muerte», la «muerte correcta», es la que se produce en el seno de la Iglesia y en estado de gracia, aunque ya a principios del siglo diecisiete, especialmente en la obra de Francis Bacon, iniciará su deriva semántica hacia el campo de la medicina.

Los más antiguos documentos estudiados por Stolberg parecen dejar fuera de duda que en los albores del Renacimiento los médicos admiten de forma unánime que es obligación suya asistir al paciente hasta el momento del *exitus*, si bien son conscientes de las complicaciones de todo tipo que tal conducta puede acarrear: mala prensa, pues no han sido capaces de salvarlo; posibilidad de que ante un pronóstico infausto, que no se escamotea a la familia, ésta acuda en busca de otro médico... En cuanto al modo de actuar, resulta evidente la relativa tolerancia de la sociedad en su conjunto respecto a la *cura palliativa*. Se encuentra incluso en documentos jurídicos, y muchos médicos, entre ellos Silvio, cuyo testimonio se cita en el texto junto al de otros menos célebres, adoptan la actitud de combatir los síntomas sin tener en cuenta «la enfermedad», manera eufemística de hablar de la vida del enfermo en ese momento concreto de su existencia. Esto no impide que, por principio, se excluya la posibilidad de acortar la vida, aunque la variedad de las fuentes empleadas muestra que junto a tomas de posición eminentemente teóricas conviven prácticas de larga data tendentes a facilitar el tránsito del moribundo.

Al lado de los debates, explícitos o implícitos, relacionados con esa especie de línea roja que separa la medicina paliativa de la provocación de la muerte, el autor estudia el tema, de no menor calado ético, de la comunicación del pronóstico, ya sea al paciente, ya a los familiares. El conflicto vivido por los médicos de la modernidad temprana viene determinado por la colisión entre, por un lado, la creencia religiosa y las obligaciones sociales, que exigen que el paciente pueda prepararse, tanto espiritualmente como dejando en orden sus asuntos terrenales, y por otro la vigente doctrina médica de los afectos, según la cual el efecto moral producido por el conocimiento del próximo fin puede acelerar el desenlace de la enfermedad. El balance de esta parte del libro —que no difiere del de la siguiente— es que se hace preciso renunciar al tópico de que el médico se retiraba de la cabecera del moribundo dejando su lugar al sacerdote.

El principal cambio detectado por el autor en el paso a la segunda etapa por él establecida es simétrico al de la medicina en su conjunto. En torno a 1800 observa un creciente interés, tanto médico como popular, por la fisiología del proceso tanático, condicionada en parte por un creciente temor a la «muerte

aparente», la catalepsia, de la que tanto eco se hizo la literatura decimonónica. Si, según la investigación de Stolberg, la medicina nunca había dejado de interesarse por el final de la vida humana, a partir de este momento el asunto alcanza la misma dignidad científica que cualquier otro dentro del campo de la teoría y la práctica de la medicina; y concretamente en este segundo aspecto, el de la práctica, se pone el acento en la necesidad de una formación médica específica para el acompañamiento del moribundo. El importante número de escritos académicos dedicados a este asunto es prueba de dicha tesis.

Los polos entre los que circula el debate acerca de la intensidad de los cuidados paliativos y la eventualidad de una eutanasia en la acepción actual del término no cambian en lo esencial respecto de lo ya señalado, aunque pueda hacerlo el modo de formular dicha tensión. Una de las posturas podría formularse así: «hay que conseguir que el paciente siga siendo un ser humano hasta el momento de la muerte»; la otra, «hay que mantener la vida aunque pueda parecernos que ya no es valiosa».

Uno de los asuntos en los que esta parte aporta información de otro género, o al menos más concreta, es el referente a los métodos y técnicas que la nueva medicina aporta a las estrategias paliativas. Uno que ya era conocido, el uso del opio, es objeto de amplio tratamiento en la literatura del diecinueve; para quien conozca al personaje resulta sumamente aleccionador leer la apología que de esta sustancia hace Christoph Wilhelm Hufeland. El otro, más tardío, es fruto del desarrollo de la cirugía a lo largo de la centuria: la cirugía paliativa. Algo que apenas era susceptible de ser pensado con anterioridad —la remoción de partes dañadas de manera irreversible, o de tumores— comienza a ocupar buena parte de la práctica de los cirujanos.

Por otra parte, en torno a 1825 empiezan a aparecer textos que ponen un énfasis especial en el hecho de que el médico debe estar preparado para dar asistencia psicológica al moribundo, aun cuando el término «psicología» no sea aún utilizado con soltura, prefiriéndose el de «moral»; se habría producido así un cambio de contenido semántico, con repercusiones prácticas evidentes, de la tradicional noción de *Seelsorge*, que de «cura de almas» pasaría a significar «asistencia psicológica», reforzándose así el papel del médico respecto del antaño atribuido al sacerdote.

En lo relativo a las vivencias y puntos de vista de los pacientes y de sus deudos, el autor puede ahora manejar documentos, a menudo preciosos, procedentes tanto de médicos (por ejemplo, Leon Daudet) como de legos bien dotados para expresar sus sentimientos (Heinrich Heine, Hector Berlioz), así como de obras de creación (Paul Heyse, Thomas Mann, etc.).

Otra gran novedad aportada por este período, y aún más por el último considerado (de 1945 hasta la actualidad), es el relativo a «morir en la institución», capítulo en el que se estudian las consecuencias del cambio de modelo hospitalario, ahora radicalmente tecnificado, que hará necesaria, al menos parcialmente, la creación de «hospitales de incurables» hasta llegar en el mundo anglosajón al modelo del *hospice*.

Para finalizar mencionaré una interesante consecuencia de la investigación de Stolberg: su crítica a los modelos históricos de comportamiento ante la muerte diseñados por Philippe Ariès en los años setenta del pasado siglo. Sin que se plantee invalidarlos de manera radical, considera que hay que rechazar su pretensión de dar razón de todas las actitudes ante la muerte en períodos que, en éste como en otros asuntos, no pueden responder a una concepción monolítica de la realidad. Así, discute tanto la demasiado idílica imagen de una «muerte domesticada» anterior al auge de la cultura burguesa como la idea de una ocultación sistemática del tránsito a partir de la mitad del siglo diecinueve. La muerte y su cortejo de vivencias y problemas fue y sigue siendo suficientemente locuaz, como demuestra la consulta del rico material documental acopiado por el autor, si bien, a mi parecer, esto no refuta plenamente, al menos en este período, la tesis de Ariès, aunque obliga a corregirla de manera enriquecedora; pero tal asunto desborda las pretensiones de mi recensión.

Mi balance de la lectura de esta obra es eminentemente positivo. Riquísima en información, ofrece un extraordinario panorama de lo pensado y lo vivido por los diferentes actores que intervienen en el episodio final de la vida humana en la cultura del Occidente moderno y contemporáneo. ■

Luis Montiel

Universidad Complutense de Madrid

Mercedes del Cura González. Medicina y Pedagogía. La construcción de la categoría «infancia anormal» en España (1900-1939). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas [Colección Estudios sobre la Ciencia]; 2011, 365 p. ISBN: 978-84-00-09350-1, € 36.

La denominada «crisis de fin de siglo», cuyas raíces se hundían en las últimas décadas del siglo XIX, era atribuida por las elites vinculadas a las corrientes krau-